

La señora de Beauseant sonrió, pero con tristeza, porque presentía la desgracia que se cernía sobre ella.

— Seguro estoy de que si conociera usted la situación en que se halla mi familia, dijo continuando, le gustaría á usted desempeñar el papel de hada protectora como esas que en los cuentos van allanando el camino á sus protegidos.

— Pues bien, contestó la vizcondesa riendo; ¿en qué puedo servir á usted?

— ¿Acaso lo sé yo mismo? Ya no es poca fortuna estar unido á usted, siquiera sea por los lazos de un parentesco bastante remoto. Me ha desconcertado usted, y no sé qué decirle, pues usted es también la única persona á quien conozco en París, y venía á consultarla, y á manifestarle que viera en mí un pobre muchacho que quiere acogerse bajo su protección, y que, llegado el caso, sabría jugarse la vida por usted.

— ¿Mataría usted á uno por mí?

— O á dos.

— ¡Niño! Sí, es usted un niño, dijo reprimiendo algunas lágrimas; ¡usted sí que amaría de veras!

— ¡Oh! exclamó Eugenio moviendo la cabeza.

La vizcondesa se interesó vivamente al estudiante por una contestación de ambicioso. El estudiante habiase aferrado á su plan primitivo, habiendo estudiado en el salón azul de la señora de Restaud y el rosa de la Beauseant, tres años de ese *derecho parisiense* del que nadie habla, aunque constituye una alta jurisprudencia social que, bien aprendida y practicada, permite ir muy lejos.

— ¡Ah! Sí, ahora caigo, dijo Eugenio. En el baile de la otra noche me llamó la atención la señora de Restaud, y he ido esta mañana á visitarla.

— ¡Pues ha debido usted de estorbarla mucho! dijo sonriendo la vizcondesa.

— Mucho, en efecto. Soy un ignorante, y si usted no me otorga su auxilio, me las arreglaré de modo que todos se pondrán en contra mía. Creo que es muy difícil hallar en París mujer joven, hermosa, rica y distinguida, que se halle... vacante, y, sin embargo, me es muy necesario una que me enseñe eso que ustedes las mujeres saben explicar tan maravillosamente: la vida. En todos partes encontraré un señor de Trailles. A usted venía, pues, para pedirle que descifrara un enigma, y tuviese á bien decirme qué clase de torpeza he cometido en aquella casa. He hablado de un tío...

— La señora duquesa de Langeais, dijo Santiago cortando la palabra al estudiante, el cual no pudo reprimir un gesto de violenta contrariedad.

— Si quiere usted salir airoso en sus empresas, comience por ser menos expresivo, murmuró la vizcondesa en voz baja.

Y, levantándose para recibir á la duquesa y salir á su encuentro:

— Buenos días, querida, repuso.

La cogió de las manos con la misma cariñosa efusión que á una hermana, á cuyas demostraciones respondió la duquesa con no menos expresivas caricias.

« He aquí dos buenas amigas, se dijo Rastignac. Desde ahora cuento con dos protectoras, porque, indu-

dablemente, estas dos mujeres tienen los mismos afectos, y claro es que la que ha venido se interesará también por mí. »

— ¿A qué feliz pensamiento debo el gusto de verla, querida Antonia? dijo la señora de Beauseant.

— Pues que he visto al señor de Ajuda. Pinto entrar en casa de Rochefide, y he calculado que estaría usted sola.

La señora de Beauseant no se mordió los labios, ni se sonrojó; en nada se alteró su mirada, y más bien pareció que se le animaba el semblante mientras pronunciaba la duquesa aquellas fatales palabras.

— Pero si hubiera sabido que tenía usted visita... añadió, volviéndose hacia Restignac.

— Este caballero es el señor de Rastignac, uno de mis primos, dijo la vizcondesa. ¿Tiene usted noticias del general Montriveau? continuó diciendo. Ayer me dijo Serizy que ahora se le ve muy poco. ¿Ha ido hoy por casa de usted?

La duquesa, de quien se decía que la había abandonado el señor de Montriveau, estando perdidamente enamorada de él, sintió en el corazón la puñalada de aquella pregunta y se sonrojó contestando:

— Ayer estaba en el Eliseo.

— De servicio, sin duda, dijo la señora de Beauseant.

— Supongo, Clara, añadió la condesa con una intención que á torrentes se le salía por los ojos, que sabrá usted que mañana se corre la primera amonestación entre el marqués de Ajuda Pinto y la señorita de Rochefide.

El golpe era demasiado rudo. La vizcondesa palideció, pero respondió sonriendo:

— Uno de esos rumores que divierten á los necios. ¿Por qué razón había de unir el marqués de Ajuda Pinto su nombre, uno de los más ilustres de Portugal, al de esa familia de advenedizos?

— Sí, pero Berta tiene, según dicen, una renta de más de doscientos mil francos.

— Es demasiado rico el señor de Ajuda para echar cuentas de esa índole.

— Además, hija mía, la señorita de Rochefide es preciosa.

— ¡ Ah !

— En fin, hoy come allí, y ya está todo concertado. Me extraña mucho verla á usted tan atrasada de noticias.

— ¿Qué torpeza es, pues, la que ha cometido usted, caballero? dijo la señora de Beauseant. Este muchacho acaba de ser presentado en sociedad, y no comprende una palabra de lo que estamos diciendo, querida Antonia. Por tanto, hágame usted el favor, en beneficio suyo, de dejar esta conversación para mañana. La noticia será ya oficial, y usted podrá dármele en la seguridad de no equivocarse.

Clavó la duquesa en Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven á un hombre de pies á cabeza, lo aplastan y lo reducen á cero.

— Sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. Sin saberlo, y precisamente ése es mi delito, dijo el estudiante, quien con su natural perspicacia había adivinado los punzantes epi-

gramas que, disfrazados de frases afectuosas, se habían lanzado ambas damas. Continuamos tratando, y aun quizá tememos á muchos que conscientemente nos lastiman, y en cambio el que hiere sin saberlo y sin la menor noción de la herida que causa es tenido por tonto, por un torpe que no sirve para nada, y todos le desprecian.

Dirigió la vizcondesa á Eugenio una de esas miradas profundas con las que las grandes almas saben expresar su agradecimiento y su dignidad. Aquella mirada fué para Eugenio un bálsamo aplicado á la herida que momentos antes causara en su amor propio la duquesa de Langeais, quien manifiestamente le había tasado con la vista.

— Imagínese usted, dijo Eugenio, que acababa de conquistar la benevolencia del conde de Restaud; porque debo decir á usted, señora mía, — y se volvió hacia la duquesa con cierto ademán entre humilde y malicioso, — que todavía no soy sino un pobre estudiante, muy pobre y muy solo...

— No diga usted eso, señor de Rastignac. Nosotras las mujeres no estimamos lo que nadie quiere.

— ¡Bah! dijo Eugenio. Solo tengo veintidós años; hay que saber sufrir las desgracias propias de la edad. Además, estoy confesándome, y es imposible arrodillarse en más lindo confesonario: en él se cometen los pecados de que luego nos acusamos en el otro.

Este discurso antirreligioso puso seria á la duquesa, la cual le halló de mal gusto. Para cortarlo, dijo á la vizcondesa:

— El señor acaba de llegar...

— Acaba de llegar, querida, replicó la de Beauseant riéndose francamente de su primo y de la duquesa; y busca á una institutriz que le dé lecciones de buen gusto.

— Señora duquesa, continuó Eugenio, ¿no es natural que deseemos conocer los secretos de aquello que nos cautiva? (Vamos, se dijo, les estoy diciendo frases de peluquero.)

— Según creo, la señora de Restaud es discípula de Trailles, dijo la duquesa.

— Lo ignoraba, señora, contestó el estudiante, por lo cual he incurrido en la ligereza de contrariarlos. Pero es el caso que ya me había entendido con el marido, y que la señora se había resignado á mi presencia, cuando se me ocurrió decir que conocía á un sujeto, al cual poco antes había visto salir de la casa por la escalera de la servidumbre, no sin haber dado antes un abrazo á la condesa en el fondo del pasillo.

— ¿Y quién es? preguntaron las dos mujeres.

Un anciano que vive á razón de dos luises mensuales en el fondo del arrabal Saint-Marcel, como yo, pobre estudiante; un verdadero desdichado objeto de las burlas de todos, y al que llamamos papá Goriot ó el tío Goriot.

— ¡Pero criatura, exclamó la vizcondesa, la señora de Restaud es hija de Goriot!

— La hija de un fabricante de fideos, repuso la duquesa; una buena mujer presentada en la corte el mismo día que la hija de cierto pastelero. ¿Se acuerda usted, Clara? El rey se echó á reír y dijo no sé qué chiste en latín á propósito de la harina. ¿A ver, cómo dijo? « Gente... gente... »

— *Ejusdem farinae*, dijo Eugenio.

— Eso mismo.

— ¡Conque es su padre! repitió el estudiante haciendo un gesto de horror.

— Pues, sí, señor. Ese pobre hombre tiene dos hijas, á las que quiere con locura, á pesar de que ambas han renegado su nombre ó poco menos.

— ¿No está la segunda, dijo la vizcondesa mirando á la señora de Langeais, casada con un banquero que tiene apellido alemán, un barón de Nucingen? ¿No se llama Delfina? ¿La rubia esa que tiene un palco en la Opera, que va á los Bufos y que se ríe muy alto para hacerse notar?

La duquesa sonrió, diciendo:

— La admiro á usted, querida. ¿Por qué habla usted tanto de esa gente? Para que Restaud se haya enharinado con Anastasia, ha sido preciso que estuviera locamente enamorado de ella. Pero no le arriendo la ganancia, porque la condesa ha caído en manos de Trailles, el cual la perderá.

— ¡Haber renegado de su padre! dijo Eugenio.

— Pues sí, de su padre, del padre, un padre, repuso la vizcondesa, un buen padre que les ha dado, dicen, quinientos mil ó seiscientos mil francos á cada una, casándolas bien para hacerlas felices, y que sólo se había reservado ocho ó diez de renta, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas y que se habría creado al casarlas dos nuevas existencias, dos familias que le adorarian y le mimarian. En dos años, sus yernos le han expulsado de sus respectivas casas como al último de los miserables.

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Eugenio, recientemente refrescado por las puras y santas tradiciones de familia.

Hallábase, además, bajo el encanto de las creencias juveniles, y era, por otra parte, nuevo en el campo de batalla de la civilización parisiense.

Son tan comunicativas las emociones verdaderas, que durante un momento los tres interlocutores guardaron silencio.

— Sí, dijo la señora de Langeais, sí, eso parece muy horrible, y, sin embargo, lo estamos viendo todos los días. Sin duda, hay una razón para ello. ¿Ha pensado usted alguna vez, querida, en lo que es un yerno? Pues un yerno es un hombre para el cual criaremos usted ó yo una criaturita, á la que nos unirán lazos estrechísimos, que será durante diez y siete años la alegría de la casa, su alma blanca, como diría Lamartine, y que se convertirá al casarse en una plaga. Cuando ese hombre se la haya llevado de nuestro lado, comenzará á servirse del amor que la inspira, como de un hacha con la que cortará por lo sano cuantos afectos unen el corazón del ángel á su familia. Ayer, nuestra hija era todo para nosotros y nosotros todo para ella; mañana será nuestra enemiga. ¿No vemos esa tragedia efectuarse á diario? Aquí la nuera muéstrase archi-impertinente con el suegro, que todo lo ha sacrificado por su hijo; allá un yerno planta á su suegra en la calle. Oigo á veces preguntar que dónde está el drama en la sociedad moderna. Pues yo digo que el drama del yerno es espantoso, así como también que nuestros casamientos son verdaderas tonterías. Comprendo perfectamente

lo que le ha ocurrido á ese pobre fabricante de fideos. Si la memoria no me es infiel, ese Foriot...

— Goriot, señora.

— Bien, ese Moriot fué presidente de una sección en la época revolucionaria. Anduvo metido en aquello de la famosa carestía, y por entonces comenzó su fortuna vendiendo las harinas diez veces más caras de lo que costaban. Tuvo cuanto quiso. Recuerdo que un administrador de mamá le vendió enormes cantidades. Noriot partía ganancias sin duda con los individuos del Comité de Salvación pública. Recuerdo que el administrador decía á mi abuela que podía permanecer tranquila en Grandvilliers, porque sus trigos eran un excelente certificado de civismo. Pues bien, ese Lorient, que vendía trigo á los cortadores de cabezas, no ha tenido más que una pasión. Dicen que adora á sus hijas. Ha encaramado á una en la casa de Restaud, y á la otra la ha injertado en el árbol genealógico de Nucingen, rico banquero que las echa de realista. Ya comprenderá usted que, en tiempo del Imperio, á ninguno de los dos yernos se les daba gran cosa de ver por casa á aquel antiguo terrorista; en tiempo de Bonaparte, no eran indispensables ciertos escrúpulos. Pero cuando han vuelto los Borbones, el buen hombre ha estorbado al señor de Restaud y más aún al banquero. Las hijas, que quizá conservaban cierto cariño al viejo, quisieron contentar al padre y al marido. Veían á Lorient cuando no tenían visita, queriéndole hacer creer que obraban así por exceso de cariño: «Papa, venga usted cuando no haya nadie, porque estaremos mejor.» Creo que los sentimientos verdaderos tienen ojos é inteli-

gencia: por lo cual ha brotado sangre del corazón del antiguo terrorista. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él; que si querían á sus maridos, él perjudicaba á sus yernos. Era pues necesario sacrificarse. Como era padre, se ha sacrificado condenándose á sí mismo á destierro, y aun creía haber obrado con acierto porque veía á sus hijas felices. El padre y las hijas han sido cómplices de ese pequeño crimen. Eso lo vemos á diario. ¿No hubiera sido ese Goriot como una mancha en el salón de sus hijas? Hubiera molestado á todos, y él se hubiera aburrido. Y lo que le sucede á ese padre puede sucederle también á la mujer más bonita con el hombre á quien más quiera: si llega á cansarse de ella, la deja, inventando mil vanos pretextos para huir de su lado. Esa suele ser la historia de nuestros sentimientos; tenemos un tesoro en el corazón; si le vaciamos de un golpe, nos arruinamos. Somos inexorables con un sentimiento que, se muestra según es, al desnudo, como con un hombre que carece de dinero. Ese padre había dado en veinticinco años sus entrañas y su amor; luego, en un día dió todo su dinero. Quedó como un limón exprimido, y sus hijas han arrojado la corteza al arroyo.

— El mundo es infame, dijo la vizcondesa, entreteniéndose en deshilar su chal y sin alzar la vista, porque se sentía herida en el corazón por las palabras que la duquesa había intercalado en su historia.

— ¡Infame, no! replicó la duquesa. Sigue su camino; ni más, ni menos, y al hablarle á usted en estos términos me propongo probar que no me dejo engañar por él. Pienso como usted, dijo, estrechando la mano de la con-

desa. El mundo es un barrizal; tratemos de conservarnos en las partes más elevadas.

Se levantó, dió un beso á la señora de Beauseant en la frente, y le dijo:

— Está usted muy hermosa en este momento, querida mía, y tiene usted el color más bonito que he visto en mi vida.

Dicho lo cual, salió, después de haber saludado con una inclinación de cabeza al primo.

— ¡Papá Goriót es sublime! exclamó Eugenio, recordando en aquel momento la escena del buen viejo deformando el servicio de plata noches antes.

La de Beauseant no le oyó; estaba pensativa. Transcurrieron algunos minutos de silencio, y el pobre estudiante, por una especie de estupor vergonzoso, no se atrevía á marcharse, ni á quedarse, ni á hablar.

— El mundo es infame y malvado, dijo por fin la vizcondesa. En cuanto nos ocurre una desgracia, hállese siempre un amigo dispuesto á venir á decirnoslo, entreteniéndose en desgarrarnos el corazón con un puñal, á pretexto de que admiremos el mango. ¿Ya empiezan el sarcasmo y las burlas? ¡Oh! Pero me defenderé.

Irguió la cabeza con arrogancia propia de su noble sangre, y sus ojos despidieron relámpagos.

— ¡Ah! exclamó al ver á Eugenio, ¿estaba usted aquí?

— Todavía, dijo de un modo lastimoso.

— Pues bien, señor de Rastignac, trate usted al mundo como merece ser tratado. Puesto que usted es ambicioso, yo le ayudaré á subir. Sondará toda la profundidad de la corrupción femenina y medirá usted

en toda su extensión la miserable vanidad de los hombres. Yo había leído ya bastante en el libro del mundo, pero aun me quedaban muchas páginas que leer. Ahora lo conozco todo. Cuanto más friamente calcule usted, tanto más lejos irá. Azote sin pic lad, y será temido. No acepte á los hombres y á las mujeres sino como caballos de posta, que se dejan medio reventados en cada relevo, y así llegará usted á la meta de sus deseos. No será usted nada en París sin tener una mujer que se interese por usted. Debe ser joven, rica y elegante. Pero si alimenta usted un sentimiento verdadero, ocúltelo como un tesoro; si se lo descubren, está usted perdido. Dejaría usted de ser verdugo para convertirse en víctima. Si ama usted alguna vez, ¡guarde bien su secreto! al menos no lo descubra usted sin ver á quién. Para preservar anticipadamente este amor que aun no existe, desconfíe usted de todos. Escuche usted, Miguel, sin darse cuenta de ello, incurria en la candidez de equivocarse de nombre... Hay algo más espantoso todavía que el abandono de un padre por sus dos hijos que desean verle muerto: la rivalidad de dos hermanas. Restaud es de buena cuna; su mujer ha sido presentada y admitida en la corte; pero su hermana, con ser tan rica, su hermosa hermana la señora de Nucingen, casada con un banquero, se muere de pena, devorada por los celos que le inspira no haber recibido iguales honores. Su hermana no es su hermana: está á cien leguas de ella. Ambas reniegan la una de la otra como reniegan de su padre. Delfina de Nucingen lamería todo el barro que hay entre la calle de San Lázaro y la de Grenelle por tal de ser admitida en mi

casa. Se ha hecho esclava de De Marsay, porque creyó que De Marsay la serviría para llegar á su propósito; convencida de su error maltrata á De Marsay. Pero á éste le importa poco ó nada. Si me la presenta, será usted su mejor amigo, su Benjamín, su adorado. Si después de eso puede usted amarla, ámela; y si no, utilícela. La veré una ó dos veces, en días de gran sarao, cuando haya muchedumbre; pero nunca la recibiré de mañana. Usted se ha cerrado las puertas de casa de la condesa por haber pronunciado el nombre del viejo Goriot. Si, amigo mío, aunque vuelva usted veinte veces á casa de la señora de Restaud, otras tantas le dirán que ha salido. En una palabra, ha sido usted despedido. Pues bien, que el propio papá Goriot le abra las de la casa de Delfina. La hermosa señora de Nucingen será para usted una bandera. Sea usted el hombre á quien ella distinga, y las demás mujeres se volverán locas por usted. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas querrán atraerle, porque hay mujeres que envidian al hombre elegido por otra; como hay pobres señoras de la clase media que se ponen nuestros sombreros creyendo copiar con esto nuestros modales. Tendrá usted éxitos. En París, el éxito lo es todo, es la llave del poder. Si las mujeres le hallan á usted ingenioso y le atribuyen talento, lo creerán los hombres, salvo si usted se empeña en desmentirlas. Entonces la voluntad de usted será omnipotente, podrá usted osarlo todo y tendrá usted entrada en todas partes. Entonces sabrá usted que el mundo es un conjunto de tontos y de pillos: no esté usted con los primeros ni con los segundos. Le presto mi nombre cual hilo de Ariadna para

entrar en el laberinto. No me lo comprometa usted, dijo inclinando el cuello y dirigiendo al estudiante una mirada de reina; devuélvame lo limpio. Y ahora, déjeme sola, que también nosotras las mujeres tenemos batallas que librar.

— ¡Si alguna vez le hace á usted falta un hombre decidido para hacer volar una mina! dijo Eugenio interrumpiéndola.

— ¿Qué?

Dióse un golpe en el pecho, devolvió su sonrisa á su prima, y salió. Eran las cinco. Eugenio sentía apetito, y temió no llegar á la hora de comer, temor que le hizo comprender la alegría de ser transportado con rapidez al través de París. Este placer puramente maquinal le permitió entregarse por completo á los diversos pensamientos que le asaltaban. Cuando un joven de su edad recibe un desprecio, se enfurece, se pone rabioso, amenaza con el puño á la sociedad entera, jura vengarse y hasta duda de sí mismo. Rastignac se hallaba en aquel momento bajo la impresión de estas palabras: « Se ha cerrado usted la puerta de casa de la condesa ».

« Iré, dijose á sí mismo; y si la señora de Beauseant tiene razón, si he sido despedido... la de Restaud me encontrará por donde quiera que vaya. Aprenderé á manejar las armas, á tirar á la pistola, y mataré á su querido Máximo. »

« ¡Y dinero! le gritaba su conciencia, ¿donde encontrará el dinero que necesitas? »

De pronto brilló ante sus ojos la riqueza que admirara en casa de la condesa de Restaud. Había visto el

lujo que tanto debía enamorar á la ex-señorita Goriot, las molduras doradas, los objetos caros colocados en primer término, donde se vieran con ese afán de exhibición y despilfarro del advenedizo y de la mujer entretenida. Esta fascinadora imagen fué repentinamente aniquilada por el grandioso hotel de Beauseant. Su imaginación, transportándole á las altas regiones de la sociedad parisiense, le inspiró un mundo de malos pensamientos, llenándole la cabeza y ensanchándole la conciencia. Vió la sociedad tal cual es: las leyes y la moral impotentes con los ricos, siendo el dinero la *ultima ratio mundi*.

« Vautrin tiene razón, pensó; la fortuna es la virtud. »

Ya que llegó á la casa de huéspedes, subió apresuradamente á su cuarto, bajó de nuevo para dar diez francos al cochero, y entró después en el comedor inmundo, donde halló á los diez y ocho huéspedes apercebidos para comer como animales en un establo. El espectáculo de aquellas miserias y el aspecto del comedor le horrorizaron. Era demasiado brusca la transición, demasiado violento el contraste para que con ellos no se exacerbara su ambición. Allá, las frescas y risueñas imágenes de la naturaleza social más elegante, rostros jóvenes, vivos, teniendo por marco las maravillas del arte y del lujo, cabezas apasionadas, llenas de poesía; aquí, torpes cuadros rodeados de fango, y caras en que las pasiones sólo habían dejado el feo mecanismo que las hace moverse. Las enseñanzas que en su cólera de mujer desdeñada había vertido la señora de Beauseant, los capciosos ofrecimientos, de ésta vol-

vieron á su memoria comentados por la miseria. Rastignac resolvió abrir dos paralelas para llegar á la fortuna: la ciencia y el amor. Sería gran doctor y hombre de los de moda en los salones de París. ¡Cuán niño era todavía! Ignoraba que esas dos líneas son asíntotas que nunca han de encontrarse.

— Muy tétrico está usted hoy, señor marqués, le dijo Vautrin, lanzándole una de aquellas miradas que parecían explorar los últimos rincones de un corazón.

— No estoy dispuesto á aguantar las bromas de los que me llaman « señor marqués », contestó. Para ser marqués de veras necesita tener cien mil francos de renta, y los que vivimos en casa de la señora de Vauquer no solemos ser niños mimados de la fortuna.

Vautrin miró á Rastignac con aire desdeñoso y compasivo, como diciendo: « Chicuelo, contigo no tengo yo ni para empezar. » Y después añadió:

— ¿Está usted de mal humor porque no le ha ido á usted bien con la hermosa condesa de Restaud?

— Me ha cerrado su puerta porque he dicho que su padre vivía con nosotros, exclamó Rastignac.

Todos los comensales se miraron. Papá Goriot bajó los ojos y se volvió para limpiárselos.

— Me ha echado usted tabaco en un ojo, dijo á su vecino.

— El que moleste á papá Goriot se las entenderá conmigo desde hoy, respondió Eugenio, dirigiéndose al vecino del fabricante de fideos. Vale más que todos nosotros. Esto no va con las señoras, dijo volviéndose hacia Victorina.

La frase fué decisiva. Eugenio la había pronunciado



en un tono que impuso respeto á los convidados. Sólo Vautrin pronunció estas palabras en tono de mofa:

— Para que tome usted al papá Goriot bajo su protección y se declare su editor responsable es preciso manejar una espada y tirar á la pistola.

— Así lo haré, dijo Eugenio.

— ¿Se ha puesto usted hoy en campaña?

— Acaso, respondió Rastignac. Pero no tengo que dar á nadie cuenta de mis actos, por lo mismo que no me meto en lo que los demás hacen por la noche.

Vautrin miró á Rastignac de reojo.

— Joven, el que no quiera tomar en serio los fantoches, no debe contentarse con mirar por los agujeros del telón, sino entrar entre bastidores. Y basta con lo dicho, añadió viendo á Eugenio á punto de amostazarse. Cuando usted quiera, hablaremos más despacio.

La comida hizose sombría y triste. Papá Goriot, entregado completamente al dolor que le había causado la frase del estudiante, no comprendió que la disposición de los espíritus había cambiado á su respecto, y que un joven muy capaz de imponer silencio á los burlones había salido á su defensa.

— ¿De modo que el señor Goriot, dijo en voz baja la viuda de Vauquer, es padre de una condesa?

— Y de una baronesa, replicó Rastignac.

— Ese es su punto fuerte, dijo Bianchon á Rastignac; he estudiado su cabeza y no tiene más que una protuberancia: la de la paternidad. Este hombre es un *padre eterno*.

Pero Eugenio estaba demasiado serio para reír de las bromas de Bianchon. Quería aprovechar los con-

sejos de la vizcondesa de Beauseant, y se preguntaba cómo y dónde encontraría dinero. Quedóse pensativo viendo desarrollarse ante sí la inmensa llanura de la vida, á la vez vacía y llena de encantos para él; todos se fueron, dejándole solo, una vez terminada la comida.

— ¿De modo que ha visto usted á mi hija? dijo á su lado la voz conmovida de papá Goriot.

Despertó Eugenio de su meditación, tomó la mano del viejo, la contempló tiernamente y le contestó:

— Es usted una persona excelente y dignísima; ya hablaremos de sus hijas de usted.

Levantóse sin escuchar á Goriot, subió á su cuarto, y escribió la siguiente carta:

« Querida mamá: Mira si no te queda un tercer pecho que puedas abrirte para mí. Estoy en situación de lograr fortuna en poco tiempo. Necesito á toda costa mil doscientos francos. No digas nada á papá, porque si se entera es probable que se oponga, en cuyo caso la desesperación podría llevarme hasta el suicidio. Cuando nos veamos, te expondré los motivos de mi petición, porque tendría que escribir muchos tomos para explicarte la situación en que me encuentro. Mamá, no he jugado ni debo nada, pero si quieres que conserve la vida que me diste es preciso que me envíes dicha cantidad. En una palabra, he ido á casa de la vizcondesa de Beauseant, y ésta me ha tomado bajo su protección. Tengo que presentarme en sociedad, y no poseo un cuarto ni para llevar guantes limpios. Sabré no comer más que pan, beber sólo agua; si es preciso, ayunaré; pero no puedo privarme de los meli-